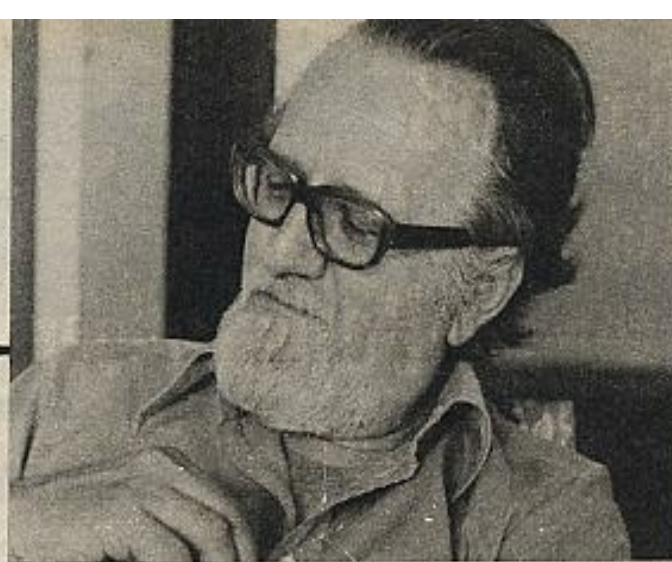


—a veces un apunte impresionista, una instantánea; casi nunca una minutura detallista— de esos personajes es sugerente. El Duque, impresionante, curioso, pequeño gran patrón de burdel en América; durante la temporada es el dueño del descanso del maestro, que impide el paso si quiere al mismísimo general Campano. El Duque tiene un oficio en América (la española) que William Faulkner consideraba ideal para un artista. El picador, Sigüenza. Falto de perfiles, dibujado un tanto, Paquito Ruiz, pieza clave del tinglado, casi el Fernando Abril de Manuel Benítez. Lejano, como fondo, avenate, genialoide y ensombreado, pasa "El Pipo", el inventor del mito. Los Espartacos, padre e hijo, dos generaciones en lucha contra un solo cordobés. Miguel Mateo "Miguelín", el torero de Rossi en "El momento de la verdad", contrapunto del héroe fabricado (su coartada para ser verdadero); marginal y pasota. Otros borrosos y alejados: Martina, Angela la torera, el muerto Horillo, antiguo compañero de faenas y penas. Todos ayudan, por contraste o acumulación, a delimitar a Manuel Benítez, hombre sin límites a quien gusta pasar por el aire libre y volar, y torero a quien en contra de la crítica ilustrada los autores salvan como tal, aunque le condenan como capitalista (que fue del "Renco" al Rolls). De toda la fauna humana que le rodea, o que rodea a sus amigos-enemigos, el más sentencioso acaso sea Bojilla, el ayo taurino del joven Espartaco (Espartaco y el Cordobés están unidos por la empresa de los Lozano que lleva a los dos). Dice Bojilla:

—Los toreros de ahora son todos medio maricones. Toreros, toreros, Lagartijo y Frascuelo. Frascuelo, el día de la corrida, se comía un estofado de vaca, luego se encendía un puro y se tomaba dos copas de aguardiente. Iba después a la mujer y le decía: "Cayetana, ponte", y le echaba un par de mantecacos. Frascuelo, que era de Granada, se iba luego al pilón de los caballos a lavarse los huevos, lo cual los buenos aficionados iban a ver porque los tenía como cocos. Eso sí que eran toreros. ■



José Donoso.

La desaparición de la marquesa

LIADOS a la suerte, tal vez en una librería de viejo aún se pueda conseguir alguna de las tantas novelas de Felipe Trigo publicadas en Renacimiento. Puestos a rebuscar, a lo mejor aparece cualquier ejemplar de Zamacois o de José María Carretero y Novillo, más conocido por "El Caballero Audaz". Y si uno es fetichista de nombres sería imperdonable olvidarse de Artemio Precioso con sus obras recogidas en "Flores de pasión, novelas y cuentos", o de Picón (Jacinto Octavio), con su "Juanita Tenorio". Suma sería la fortuna si cae en nuestras manos "El infierno de la voluptuosidad", de Alvaro Retana, o "Vértice de amor, de las memorias de un romántico sensual", de Felipe Sassone... Como un daguerrotipo mustio y desvaído, esas y otras novelas de similar aliento nos evocarían el aroma ya lejano de la literatura erótica y galante de comienzos de siglo, plagada de bellezas ojerasas, de murmullos de "boudoirs" y frufú de sedas y terciopelos; de cotillones y baile de máscaras a ritmo de mazurca, gavota o minué. En medio de ello, el claroscuro de los cuerpos que se buscan sensualmente, que se desvelan o se embozan anticipando, proclamando el vértigo del latir voluptuoso de la piel de los amantes: el becqueriano "rumor de besos y batir de alas".

José Donoso hace ahora una incursión por ese escenario de alcobas con cortinones, lacas y camisones de Holanda; por esos jardines y palcos resguardados donde sólo se oye el susurro perverso y contenido de los cuerpos que se gozan. En "La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria" (1) hay una deliberada voluntad mimética, un declarado intento de recreación de todo ese mundo de escarceos galantes y

osadías eróticas de principios de siglo. Es una calcomanía recobrada, un camafeo que se desempolva al hilo de una escritura sutil y refinada. Su protagonista es una joven marquesita nicaragüense —viuda tempranera, de fragilidad angélica y una insatisfacción y ávida vida amorosa— vecindada en Madrid. La Villa y Corte de los años 20, con sus palcos de abono, sus mansiones solariegas, el parque del Buen Retiro y su aristocracia y bohemia de salón es el inevitable marco para los avatares de la marquesita. Un marco querido por esos narradores que ahora duermen su sueño de olvido en las librerías de viejo. Donoso lo sabe y lo manifiesta sin pudor. Ahí están las ilustraciones de Penagos, Ribas, José Zamora y Varela de Seijas —deliciosamente cursis, tan decadentes— incluidas en su novela como un guiño cómplice. O la relación que hace la marquesita de los autores —Felipe Trigo, Caballero Audaz, Vargas Vila, Hernández Catá— de la biblioteca del señor Almanza: débito reconocido, homenaje nostálgico.

Mas no hay sólo nostalgia en este "divertimento" galante de José Donoso. Evidentemente, el erotismo va impregnando cálidamente —grafía de cuerpos que se recorren en la luz y en lo secreto— las páginas de la novela. Una varia recurrencia de posibilidades en el juego del amor se nos presenta como un caleidoscopio que Eros girara sonriente: manos atrevidas que palpan en el "foyer" de los teatros, la entrega eufórica, el goce que se persigue ante el "voyeur" complaciente, el lecho tripartito, el tributo a Lesbos y a Onán, además de la muerte —enarbolado el mástil amador— de un anclano galán en el momento del su-

premo disfrute... Todo envuelto en un clima socarrón y sugerente, con humor y ternura, con un discurso fresco y festivo. Pero también hay un constante sentimiento de decrepitud que refleja la vida moral de esa sociedad aristocrática de los años 20. Es el desvelar el rostro oculto; documento y testimonio de la fatuidad, del envilecimiento de unos titeres de salón lujosamente marchitos.

Y, sin embargo, algo impide que la marquesita y sus peripecias amorosas nos complazca del todo. Es precisamente su "misteriosa desaparición". La novela surge, como dijimos, de una deliberada recreación mimética. Si se parte de esa premisa, toda transgresión debe hacerse con una especial cautela, casi furtivamente. Donoso —en pleno derecho— lleva a cabo una transgresión. Pero lo hace de manera ostensible. Lo fantástico, lo insólito, irrumpe al resolver la novela. Como si Donoso quisiera poner su marchamo de narrador de una literatura que tiene por una de sus cartas credenciales lo "mágico", lo "maravilloso", en esta marquesita que estaba siendo felizmente mimética y europea. Donoso rompe las reglas del juego para proclamar que su novela es "diferente" a las del género galante. Y eso tendría que haberse desprendido del propio discurso narrativo, de la relectura —análisis y distanciamiento— de la mimesis establecida de antemano.

Olvidemos ese final ambiguo y pretendidamente inquietante y quedémonos con nuestra marquesita de Loria ingenua y perversa, con su ansia y disposición amorosa, con su belleza "chic" deambulando lasciva, sin prendas íntimas que perturben el tubo de la falda, por el álbum esfumado de los recuerdos de principios de siglo. ■ SABAS MARTÍN.

Polémicas de un español polémico

EL gran historiador Claudio Sánchez-Albornoz personifica uno de los tipos esenciales de españolidad, de los modos de ser

(1) "La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria", José Donoso. Seix Barral. Barcelona, 1980. 198 páginas.

¡Libros DB continúan!

Libros DB los libros De Bolsillo que DeBe usted leer y conservar.

Su magnífica acogida pedía una continuidad.

Proyectadas inicialmente para ofrecer (en edición de bolsillo) una breve panorámica de la narrativa contemporánea escrita en castellano, las 15 obras de esta colección serán seguidas por otras tantas — esta vez traducidas — de grandes novelistas europeos y norteamericanos.

Títulos que aparecerán en mayo y junio:

Nº16 **EL FACTOR HUMANO**
Graham Greene

Nº18 **EL ARPA DE HIERBA**
Truman Capote

Nº17 **LOS CONQUISTADORES**
André Malraux

Nº19 **ADA O EL ARDOR**
Vladimir Nabokov

Los 15 primeros fueron:

Nº1 **CIEN AÑOS DE SOLEDAD**
Gabriel García Márquez.

Nº2 **LA HOJA ROJA**
Miguel Delibes.

Nº3 **LA CASA VERDE**
Mario Vargas Llosa.

Nº4 **LAS CATEDRALES**
Jesús Fernández Santos.

Nº5 **LA VIDA BREVE**
Juan Carlos Onetti.

Nº6 **LA OSCURA HISTORIA
DE LA PRIMA MONTSE**
Juan Marsé.

Nº7 **HIJO DE HOMBRE**
Augusto Roa Bastos.

Nº8 **DOS DIAS DE SETIEMBRE**
J.M. Caballero Bonald

Nº9 **EL OBSCENO PAJARO
DE LA NOCHE**
José Donoso

Nº10 **LAS AFUERAS**
Luis Goytisolo

Nº11 **TORMENTA DE VERANO**
J. García Hortelano

Nº12 **CONFIESO QUE HE VIVIDO**
Pablo Neruda

Nº13 **SEÑAS DE IDENTIDAD**
Juan Goytisolo

Nº14 **LA CABEZA DE LA HIDRA**
Carlos Fuentes

Nº15 **OFICIO DE TINIEBLAS 5**
Camilo José Cela



español. El Ser —lo sabemos desde Aristóteles— se dice de muchas maneras, y el ser español —consiguientemente—, también. Esta es una vieja verdad —que tantas veces hemos echado en olvido— que tanto nos conviene recordar y tener muy en cuenta a los españoles en esta hora difícilísima y promisoría al mismo tiempo de nuestro destino colectivo. Los españoles, si no aceptamos nuestra pluralidad de ser y existir, nos desintegraremos como comunidad histórica y nos veremos arrojados al basuro de la Historia.

En su resonante y reciente visita a España, tras cuatro décadas de exilio honesto y empujado, un periodista le preguntó a don Claudio: "¿Cómo somos los españoles?". La respuesta del autor de "España, un enigma histórico" fue toda una autodefinición: "Tremendamente apasionados. Un perpetuo volcán". Y en otras declaraciones posteriores —esta vez ya en la Argentina, tras su emocionante y emocionado peregrinaje a su España natal—, Sánchez-Albornoz se autodefinía así: "Yo he sido, durante toda mi vida, polemista, ya que Dios me dio las tres cosas para serlo: capacidad para trabajar científicamente, gusto para el ensayo e inclinación para la polémica. Yo no puedo leer una cosa que me parezca equivocada sin tomar la pluma y discutir un artículo, una comunicación o un libro. Ahora España-Calpe me va a publicar una colección de lo que llamo estudios polémicos, que son monografías en las que contradijo lo que yo creía que eran equivocaciones de otros estudiosos". Dicho y hecho, porque ya tenemos en las librerías esos "Estudios polémicos", con prólogo de su discípulo Luis G. de Valdeavellano, dentro de la prestigiosa colección Seleccionadas Austral de Espasa-Calpe.

Se trata de un libro para especialistas sobre un tema muy general y entrañable para todos: España, nuestro apasionante enigma histórico, por el que los españoles seguimos preguntándonos, porque nos va en él nuestra vida histórica. Creo que nadie pone en duda que Sánchez-Albornoz es uno, si no el más importante, de nuestros más relevantes medievalistas. En nuestro Medioevo se forjó nuestra personalidad histórica profunda. El propio Sánchez-Albornoz escri-



Claudio Sánchez-Albornoz.

bió en su libro "Los reinos cristianos españoles hasta el descubrimiento de América": "No habrían sido los españoles como fueron y no seríamos como somos sin la singularidad de nuestra Edad Media". Nuestro historiador ha puesto bien de manifiesto "la inmadurez del feudalismo español"; la singular característica de nuestra Edad Media determinó que España llegara al siglo XX sin atravesar las tres revoluciones que conformaron la Europa moderna: la religiosa, la política y la social.

La gran polémica de Sánchez-Albornoz fue la que agrestemente mantuvo durante tantos años con Américo Castro. "España, un enigma histórico", aparecida en dos volúmenes en 1957, fue la réplica contundente de don Claudio al libro "España en su Historia" (1948), de Américo Castro, que fue reeditada con modificaciones en 1962 y en 1971 bajo el título más afirmativo de "La realidad histórica de España". En síntesis, Sánchez-Albornoz da preponderancia al elemento germánico en oposición a los elementos judíos y musulmanes que Castro considera decisivos en la Edad Media para conformar la mentalidad española del si-

glo XVI. El asunto es vidrioso y pienso que ya es hora de que los especialistas se decidan de una vez por siempre a la aclaración de este contencioso (1).

Los "Estudios polémicos" de Sánchez-Albornoz incluyen sus discrepancias no sólo con Améri-

(1) Una autorizada e inteligente aproximación a las tesis históricas de Américo Castro puede encontrarla el lector interesado en el ensayo de Juan Marichal, "La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica", recogido en el volumen "La voluntad de estilo", del hispanista canario de Harvard (Ed. Revista de Occidente, 1971).

co Castro, sino con figuras de la envergadura de un Menéndez Pidal, Lévi Provençal, Brunner, Ortega, García Gómez, fray Justo Pérez de Urbel, Ernst Mayer, Alvaro d'Ors y otros. No soy especialista en los temas historiográficos que aborda Sánchez-Albornoz, pero he de decir que la lectura de estos "Estudios polémicos" ha avivado en mí el deseo de ir a las fuentes y los tratados originales sobre aspectos de la Historia de España que pueden arrojar luz sobre la verdad histórica de nuestro controvertido pasado. ■ PEDRO FERNAUD.

ADIOS A LAS LETRAS YUGOSLAVIA

ESCRIBO desde Yugoslavia, a donde he ido en busca de contactos editoriales para algunos amigos míos, que se han quedado en España a la espera del golpe.

Está muy bien la situación editorial en Yugoslavia, porque hay papel y se imprime de modo barato. Mis amigos han decidido que yo haga este viaje para que halle entre los papeles yugoslavos uno que sea como una vaselina para las ideas.

La tarea que me han impuesto es ardua, porque llego a este país de tantas nacionalidades y regiones en un momento particularmente excitante y no sé si los vendedores de papel yugoslavo van a prestarme excesiva atención.

Se les acaba de morir Tito, lo cual añade a la excitación normal del luto la incertidumbre que ofrece el luto por alguien monumental e insustituible. De todas formas, como ellos mismos no tienen demasiado entusiasmo por las literaturas hispanas, también se muestran reticentes ante mi misión imposible; pero, ¿es que hay escritores en España?, me preguntan, con el candor del que levanta la cabeza después de meditar en un largo duelo.

Yo les explico que no sólo hay escritores, sino que los hay en demasía. No se lo creen, porque ellos han parado su atención en dos autores —mejor dicho, tres, lo que ocurre es que uno es un dúo— y no piensan que fuera de esas fronteras pueda haber otros. Ellos saben que existió Cervantes, tienen una buena, y opaca, idea de lo que se hizo luego y antes, no carecen de nociones sobre Fernando de Rojas, e incluso tienen retratos de escritores, de Juan Ruiz, el arcipreste. Pero, en lo que es la actualidad, se les paró el reloj en Jesús Torbado y Manuel Leguineche, los autores de Los topos, el último libro extranjero que asaltó las librerías yugoslavas antes de que muriera el mariscal Tito.

Así que Manuel Leguineche y Jesús Torbado son símbolos de la España literaria oculta, la que ahora se les acerca pidiéndole papel barba, papel couché, cualquier clase de papel para emitir sus pensamientos. Se extrañan los yugoslavos ante mi demanda. Yo les explico que soy un mandado. Y me dan una resma en la que luego empiezo a garabatear letras, como si yo también supiera escribir. Me miran con miseria, porque saben que he ido a por trigo y me han dado maíz.

La próxima vez pediré a los escritores que vayan ellos solos a buscar papel a Yugoslavia. Yo me iré a la costa del Adriático, a tomar el sol, que es el papel más transparente. ■ SILVESTRE CODAC.